

ro pobrísimo" P. Sartorio, durante sus últimos años, y á otros individuos, y convirtió su casa en "asilo de muchos pobres;" de su desprendimiento daban también testimonio las ricas alhajas que lucía la imagen de la Virgen de la Capilla del Rosario de Santo Domingo. Por todo lo cual, su viejo amigo Don Carlos María de Bustamante la llamaba "el ornamento de su seceso y la gloria de su patria."

Murió piadosamente, como habla vivido, á las nueve de la noche del 21 de Agosto de 1842 años, á los cincuenta y tres de su edad, en la casa número 2 de la 3a. calle de Santo Domingo, dentro de la recá alta que forma esquina con la calle de Cocheras. Su cadáver fué llevado, primeramente, al templo de Santo Domingo, donde se le hicieron pomposas honras fúnebres, y conducido después al Panteón de Santa Paula, para su inhumación. Presidió los funerales el Presidente de la República, General Don Antonio López de Santa Anna, y concurrieron á ellos otras incontables personas distinguidas. Los periódicos dieron la noticia del fallecimiento de Leona con sentidas frases de condolencia y de justo elogio á sus excelsos méritos.

GENARO GARCIA.



MORENO Y MINA EN EL FUERTE DEL SOMBRERO.

I.

Aquellos dos héroes immortalizaron con sus hazañas el sitio del Fuerte del Sombrero.

Don Pedro Moreno había nacido en la hacienda de la Daga, perteneciente á Lagos, el día 18 de Enero de 1775, hijo de Don Manuel Moreno Verdín, y de Doña Rosario González, quienes por sus recursos pecuniarios y por su educación, ocupaban en aquella sociedad uno de los primeros puestos.

Pasaron los años, y cuando se proclamó la Independencia, encontraron á Don Pedro Moreno, dueño de las haciendas de La Saucedá, de Matanzas de Abajo y del rancho de Coyotes, y entregado al comercio, después de haber estudiado en el Seminario de Guadalajara, Latinidad, Filosofía y algo de Jurisprudencia, distinguiéndose en su carrera y sustentando actos públicos y lucidos exámenes.

Entró en relaciones con los insurgentes de Apatzingan, en el año de 1812, y amante del engrandecimiento y de la autonomía de su patria, olvidando riquezas y reposo, se arrojó en el torbellino revolucionario á principios del año siguiente.

Estaba casado con Doña Rita Pérez, quien siendo natural de San Juan, vivía en Lagos con sus hijos, de los que el mayor, Don Luis, sólo contaba doce años de edad, mien-

tras la menor, Guadalupe, cumplía año cuatro meses.

Digno de notar es que la distinguida esposa de Moreno no tratara de disuadirlo de sus patrióticos propósitos, ni se arredrara ante la magnitud de los peligros, ni vacilara en presencia de los sacrificios que tenía que imponerse desde luego.

Mujer de corazón, supo correr la suerte de su esposo, á quien siguió siempre en sus campañas y en medio de las penalidades sin cuento que por todas partes vinieron á probar el temple de su alma; jamás se la vió desmayar ni procurar inducirlo á la vida egoísta y retirada.

Tres años y medio duraron las campañas de Moreno, las que dieron principio con la insignificante acción de Piedras Coloradas, en donde, mandando poco más de cien hombres, fué derrotado por el Comandante Don Santiago Galdamez al frente de una Compañía de soldados del interior, llamados "panzas" porque usaban unos grandes chalecos encarnados.

Retiróse el nuevo insurgente á reorganizar sus huestes, y como su vencedor lo persiguiera con afán, volvieron á encontrarse en el rancho llamado de "Las Jaulas," donde Moreno tuvo la satisfacción de ver huir á su enemigo.

El 12 de Julio de 1814 se aproximó á Lagos, y á dos leguas de distancia, en un sitio llamado hacienda de los Ranchos, logró encerrar á Galdamez con ciento cincuenta hombres.

Empezó el año de 1815 bajo buenos auspicios para el defensor de la libertad de su patria, pues aunque el día 10 fué derrotado en La Sauceda por la división de Revuelta, después, perseguido por éste, se hizo fuerte en un punto llamado "El Zapote," logrando hacerlo retroceder y tiroteándolo "por cosa de dos leguas."

II.

Pero ninguno de tan repetidos combates revistió la importancia de la defensa que hizo Moreno el 23 de Enero de 1816 del Fuerte del Sombrero. Atacólo Brilanti en

combinación con Negrete, y á pesar de haber hecho un empuje extraordinario, tuvo que retirarse con mil pérdidas.

Así pasaron los primeros años de lucha en encuentros insignificantes, hasta que el nuevo adalid, comprendiendo la necesidad de formar un centro de operaciones militares, á la vez que un baluarte donde pudiera defender con éxito su causa, hizo fortificar el cerro de "El Sombrero" en la Sierra de Comanja, llamado así por la forma que presenta. Dista once y media leguas al Oriente de Lagos, y seis al Norte de León. y como se encuentra en el centro de la expresada serranía, está rodeado de algunas eminencias que lo dominan, como la mesa de las Tablas, que está situada al Norte, á distancia de un tiro de fusil, y otras, de las cuales lo separan barrancas y arroyos, como la mesa de Los Borregos, que se halla al Este, mediando la profunda barranca de Barbosa; el cerro de Negrete al Sur y el cerrito del Comercio al Oeste, del que está separado por la barranca del Rincón. "Reduciase, dice Robinson en sus "Memorias," á una altura de quinientos pasos de larga, en dirección de N. á S. y elevada cerca de mil pies sobre la llanura de León. Al Norte había un sendero estrecho, al borde de un precipicio, por cuyo medio se unía la altura á una serie de colinas, una de las cuales dominaba el fuerte, á distancia de un tiro de fusil. Esta sola circunstancia bastaba para no poderlo defender contra un serio ataque; pero Moreno se creía muy fuerte, por haber rechazado á los realistas en una tentativa que hicieron para entrar. Al Este, el fuerte estaba separado de los montes por un profundo barranco. Al Sur el declive de la altura era muy rápido, y al Oeste, la bajada al llano áspera y difícil. Por la parte del Sur salían al llano dos estrechas veredas: al fin de la que se unía al fuerte, en un espacio de cincuenta pies de ancho, había un muro mal construido. Flanqueábanlo dos baterías no muy bien planteadas, en cada una de las cuales sólo había un cañón, que dominaba la mayor parte de la vereda y el declive, pero no podía enfilarse el barranco. Esta era la

única entrada regular del fuerte. En el lado opuesto había una elevación cónica, coronada por una obra de un cañón que dominaba también la vereda. El fuerte se hallaba también defendido hasta cierta distancia, por rocas perpendiculares y precipicios, y por un muro bajo construido más allá; pero la verdadera defensa era el violento declive de los montes. La artillería consistía en diecisiete piezas, viejas, malas y casi echadas á perder, de calibre de dos á ocho. La casa del Comandante, los almacenes, hospital y la mayor parte de las habitaciones de los soldados, estaban á la parte del Sur, de la elevación cónica. Había, además, algunas chozas, entre las rocas del fuerte. El mayor de todos sus defectos era la falta de agua, pues la Guarnición tenía que proveerse de un arroyo, que estaba á la extremidad del barranco, á cerca de ochocientos pasos de los muros."

Por espacio de cerca de dos años se mantuvo Moreno en aquella posición, que le servía de punto céntrico y cuartel general de sus operaciones, motivo por el cual el Gobierno mostró tanto empeño en apoderarse de ella.

Apenas habían comenzado las campañas del patriota lagüeño, y ya los pesares habían acibarado su corazón. A fin de estar expedito con su esposa para expedicionar á toda hora, habían tenido necesidad de abandonar á su pequeña hija, la niña Guadalupe, que sólo contaba año y medio de edad, confiándola en la hacienda de Cañada Grande al cuidado del padre Don Ignacio Bravo, que á sus buenos sentimientos reunía las circunstancias de ser amigo de Moreno y adicto á la causa independiente. En Abril de 1815 trataron de sorprender al caudillo los realistas Brilanti y Alvarez, quienes aunque no lograron su intento, sí se apoderaron de la pequeña niña, la cual tomó Brilanti en sus brazos, salvándola del furor de su compañero, que empeñosamente quiso que se la matara, estrellándose su furor y su venganza ante la energía de aquél, que tuvo que decirle: "Ni un grano de maíz he tomado de esta hacienda; nada más que esta niña. Ella es mi

prisionera, y usted no tiene ningún derecho sobre ella."

El que trataba de matarla era el mismo Cura Alvarez, que había merecido el apodo de "Chicharronero," por la bárbara costumbre que tenía, de quemar á sus prisioneros, costumbre que bien se adunaba con el no menos bárbaro deseo de matar niños!

Aquel jefe realista, que supo salvar de una muerte segura á la desventurada niña, encariñóse con ella y la hizo su cautiva, tratándola después como si fuese hija suya.

Un año después, cuando el General Cruz le propuso á Moreno el indulto, lleváronle el pliego al Fuerte del Sombrero, el padre Don Pedro Vega y Don José María Gómez; y como se rehusara á aceptar aquel humillante perdón, le instaron recordándole que en ello se interesaba su amor paternal hacia la niña Guadalupe, á quien por ese medio podía recobrar. Entonces el héroe respondió con entereza, que aún tenía cuatro hijos de quienes podían apoderarse, pues estaba dispuesto á sacrificarlos todos en aras de la patria.

Al poco tiempo, su hijo Luis, que sólo contaba quince años, moría, peleando como un héroe, en unión de Don Juan de Dios, hermano de Don Pedro, combatiendo en la Mesa de los Caballos, al lado de Encarnación Ortiz!

Con todo esto, llegó día en que á pesar de sacrificios y esfuerzos, de ilusiones y esperanzas, la causa revolucionaria se vió en completa decadencia.

III.

Mas vino entonces un nuevo episodio á renovar la lucha, siquiera fuese para que á la hora de la victoria se contaran mayores merecimientos, ya que no se obtuvo el triunfo desde luego, por más que se contara con él en un principio. Don Javier Mina, con el valor propio de los descendientes de Megara, el invicto de Numancia, y de los defensores de Gerona, con el entusiasmo por la libertad propia de Caton, y con la actividad de César, apareció en la historia

como un redentor, para tornarse al día siguiente en víctima.

Aquel joven guerrero, que contaba sólo 27 años de edad, y había prestado ya grandes servicios á España, contra los franceses, desde que la invadieron en 1808, hasta que fueron arrojados por el valor de sus hijos y la victoria de los Arapiles, sufría en Londres las amarguras del destierro á que lo condenara su amor á la Constitución de 1812 y la ingratitud y el despotismo de Fernando VII. Trabajó allí relaciones con el padre Mier, que á fuer de buen mexicano, estimuló á aquel fogoso liberal para que viniese á México á ayudar á los independientes á sacudir el yugo borbónico, y Mina, que acostumbrado estaba á pelear por la independencia y por la libertad, se prestó gustoso á defender en América la misma causa que tanto le debió en España.

A los tres días de llegado á Sombrero recibió Mina aviso de Don Encarnación Ortiz, de que iban sobre él dos brigadas mandadas por el Coronel Don Cristóbal Ordóñez y el Comandante general del Bajío Don Felipe Castañón, por lo que al punto salió á su encuentro, acompañado de Don Pedro Moreno, que llevaba un destacamento de cincuenta infantes y ochenta lanceros mandados por Ortiz, con el cual destacamento, llegaba la fuerza total á trescientos ochenta soldados. Pernoctaron en Aldabaldá, y el día 28, cerca de San Felipe, en un punto llamado San Juan de los Llanos, Los Arrastres, ó rancho del Terrero, como le llama Moreno, se encontraron con la brigada realista, fuerte de seiscientos cincuenta hombres. Unos cuantos minutos duró la carga dada por los insurgentes con tal brío, que los hizo dueños del campo, en el que quedaron tendidos Ordóñez, Castañón y Calderón, con trescientos soldados, habiendo ocurrido la notable circunstancia de que los artilleros realistas cargaron los cañones con pesos duros por no tener á la mano la metralla. Mina, generoso y justiciero, llenó de elogios á Moreno y á sus patriotas compañeros, por su brillante comportamiento.

Ufanos y llenos de gloria regresaron am-

bos caudillos al Fuerte del Sombrero, de donde dió aquél su parte á la Junta de Gobierno con fecha primero de Julio, volviendo á salir á los pocos días, porque supo que los ciento y tantos soldados que acababan de escaparse en el último combate, se habían fortificado en la Hacienda del Jaral, con los milicianos y criados que mandaba el Marqués del mismo nombre.

Era éste Don Juan Moncada, riquísimo propietario, descendiente de españoles, pero mexicano de nacimiento, que llevado de su aborrecimiento á la causa de Hidalgo, había procurado su exterminio por cuantos medios estaban á su alcance, ora levantando tropas á sus expensas, ora haciendo cuantiosos donativos á los realistas, ora, en fin, tomando él mismo las armas y haciendo de su propia hacienda un baluarte fortificado de la tiranía.

A la aproximación de las tropas de Comanja, huyó Moncada con sus soldados, encargando á su Capellán que recibiese á Mina y le suplicase que no hiciese daño á sus propiedades. Cumplió el padre con su encargo; mas habiéndole denunciado el joven Navarro, que en una pequeña pieza contigua á la cocina, se había enterrado una gran cantidad de dinero, mandó hacer una excavación, y cuando ya llevaba una profundidad considerable, una palada de tierra arrojada por los excavadores hacía arriba, en la cual iban muchos pesos sueltos, anunció que habían encontrado lo que buscaban.

La noticia del hallazgo se difundió al punto entre la tropa; así es que luego se aglomeró un inmenso gentío que quería ver aquella aventura con sus propios ojos, siendo tal el tumulto, que hubo que colocar dobles guardias en la pieza, en la que sólo permanecieron Moreno, Ortiz, tres oficiales del Estado Mayor del General en jefe y los operarios.

Sacóse hasta la suma de \$140,000, la cual fué transportada inmediatamente á Sombrero, cargándola en cuatro carretas tiradas cada una por catorce bueyes, hasta un punto llamado San Bartolo, en donde se cambió á un atajo de burros que la condujeron

hasta el Fuerte. Iba el valioso convoy escoltado por lanceros; pero como caminaban de noche y por entre la sierra, fácilmente se escaparon algunos de los infeas y codiciosos guardianes, llevándose burros cargados, y teniendo por eso frecuentes riñas, de las que resultaron tres muertos, habiéndose con tal motivo extraviado \$33,000, pues cuando llegaron al Fuerte sólo se contaron \$107,000.

IV.

Concluida con tanta fortuna la expedición al Jaral, Mina regresó á Sombrero, sabiendo por un aviso que Borja le llevara, que allí lo esperaban los señores Dr. San Martín y Lic. Cumplido, miembros de la Junta de Jaujilla, con lo cual apresuró su marcha. Celebróse entonces una importante conferencia en la cual se discutió el plan de operaciones, hallándose reunidos los referidos miembros del Gobierno y los principales jefes de la insurrección en el Bajío.

Se dió el mando superior al denodado Mina, lo cual fué del agrado de Moreno, que lo veía acreedor á tal distinción por sus relevantes méritos, así como lo fué también del incansable Encarnación Ortiz, de Borja y otros.

Mientras Mina y Moreno cubrían sus sienes de inmarcesibles laureles, el partido realista en todo el país se hallaba atónito y atemorizado ante tanta audacia y tan gran valor como había desplegado el insurgente español. Por todas partes llovían proclamas de fidelidad á Fernando VII, se levantaban tropas, se recogían fondos, se divulgaban falsas noticias y se hacía alarde de entusiasmo realista.

El Gobierno virreinal viendo el incremento que tomaba el partido insurgente al soplo de Mina, dedicó todas sus fuerzas y sus mejores jefes á su persecución. Acababa de llegar de la península Don Pascual de Liñán, Mariscal de campo, quien por el cuidado que ponía en el aseo de su persona y la elegancia con que vestía, llamó la atención en México, siendo objeto de burlas y chanzas, mas como viniera precedido de en-

vidiable reputación militar, recibió el encargo de mandar las numerosas tropas que de todas partes se destinaron á sofocar el renaciente incendio revolucionario que amenazaba abrasar á la Nueva España.

En tal virtud, Liñán se fortificó en Querétaro, mientras se aproximaban las tropas con que debía operar, y una vez que el brigadier Don Pedro C. Negrete se situó en León con una división de Nueva Galicia, y que llegó el batallón de Zaragoza, mandado por el Coronel Don Estanislao Loaces, se aproximó hacia el foco insurgente de la Sierra de Comanja, en combinación con Orrantía, que bajaba de Dolores, y con el Coronel Ruiz, que venía de San Luis Potosí, formando en su alrededor un círculo de hierro y estableciéndose en Silao el 26 de Julio.

Al día siguiente salió Negrete de León para Silao á encontrar al General en jefe, llevando 250 caballos y dos cañones ligeros, y como Mina supiera luego tal movimiento, la tarde del mismo 27 salió del Fuerte acompañado de Moreno al frente de quinientos dragones y por la noche atacó aquella villa.

Desgraciadamente, un destacamento avanzado luego que vió la tropa insurgente se replegó dando la voz de alarma, y como la víspera había sido reforzada la población, circunstancia que ignoraba Mina, fué recibido con un vivo fuego de fusilería, de suerte que aunque llegó hasta la plaza, se apoderó de un cuartel é hizo varios prisioneros, tuvo que retirarse con bastantes pérdidas, pues se contaron 79 muertos y 25 prisioneros, si bien los defensores de León tuvieron que lamentar más de cien muertos.

Fué éste el primer revés que sufrió aquel valeroso caudillo que coronó su atrevido esfuerzo con un acto de generosidad de los que le eran comunes, poniendo en libertad á sus prisioneros, mientras el jefe realista, que era el Coronel Andrade, fusiló al punto todos los que él hizo.

Aquel ligero desastre y la proximidad del enemigo, que redoblaba cada día su vigilancia, obligaron á aquel puñado de patriotas á reducirse á la defensa del Fuerte del Sombrero, en que se hallaban, y que por tanto tiempo había servido de refugio al Mariscal Moreno con el carácter de Jefe de la provincia de San Luis Potosí, que le había dado el Gobierno independiente.

Los elementos con que se contaba en el Fuerte, consistían en seiscientos cincuenta hombres de las partidas de Mina, Moreno, Ortiz, Santiago González y Borja, que llegó dos días antes con 60 jinetes, contándose por todos habitantes como 1,000 personas, con las mujeres, ancianos y niños. Había diecisiete cañones, todos viejos y mal montados, de calibre de dos á ocho, algunas reses, cerdos, borregos, cecina, arroz, maíz, azufre, salitre, etc., etc. Mas la fortificación carecía absolutamente de agua, la cual tenían que ir á tomar de un arroyo, que aunque corría á corta distancia, estaba fuera de las murallas. Sólo en la casa de Moreno había un pozo ó algibe, pero estaba seco.

Por parte de los realistas, según sus propios datos, se contaban 617 españoles del Regimiento de Zaragoza; 462 del de Navarra; 250 criollos del de Toluca; 1,205 de caballería de los Regimientos Fieles de San Luis, San Carlos, Querétaro. Nueva Galicia, Colima, Sierra Gorda, y Realistas de Apam y 1,000 de la brigada del Coronel Don Juan Rafols, ó sea un total de 3,541, con doce piezas de artillería y cuatro obuses.

Mina avisó con fecha 31 de Julio el principio de las operaciones, al padre Torres, que se hallaba en el Fuerte de los Remedios, excitándolo para que atacase á Guanajuato ó á los mismos sitiadores, según le pareciese, llevando la siguiente postdata, que muestra á la vez que su entusiasmo por el ejército el desencanto que abrigaba en el fondo de su alma por la diferencia en la disciplina y equipo de sus subalternos y de sus enemigos: "Se me van los ojos, escribía de su puño, tras del Regimiento enemigo

que está subiendo, por el gusto que me da ver marchar la tropa en tan buen orden."

Desde el primero de Agosto á la madrugada, las baterías de Liñán mantuvieron por muchos días un fuego vivísimo, gastando inútilmente y con profusión las municiones, porque por la posición y las obras de defensa, no originaban gran daño. Pero el día 2 avanzaron algunos cañones, se colocaron otros en el cerro de las Tablas, y se impidió la comunicación del Fuerte con los aguajes.

Mina, en oficio del mismo día 2, rebosando serenidad y buen humor, después de aconsejar al padre Torres mucha actividad para que atacase á Guanajuato y bloqueara al ejército sitiador, le decía: "Por fin la logramos. Figúrese usted qué cara será la mía teniendo por pelendengues á Liñán, Negrete y Orrantía. La cosa sería más divertida que una corrida de toros siuviésemos víveres: pero gracias á la apatía general que domina tan soberanamente á todos nuestros hermanos, ayunamos sin ser vigilia. En fin, todo se puede remediar; reunan ustedes toda la gente que puedan, y pónganse ustedes cerca de Guanajuato, camino de Silao, sin arriesgarse á atacar esas plazas á no estar seguro de tomarlas. Al mismo tiempo se debe prohibir toda entrada de víveres en las plazas enemigas, y si se nos puede introducir algo por el camino de Barbosa.

"Si el movimiento de usted obliga al enemigo á retirarse le iremos picando la retaguardia, y no dejará de sufrir en la retirada. Salud y libertad. Sombrero, Agosto 2 de 1817.—JAVIER MINA."

Pero el agua se había agotado y empezaron entonces horribles sufrimientos, que el señor Orozco y Berra pinta con admirable verdad y maestría en las siguientes líneas:

"Mina y Moreno habían creído que los fuegos del Fuerte protegerían la toma del agua; fallidos sus cálculos, creyeron que la falta era muy fácil de repararse, supuesto que estando en la época de las mayores lluvias, se haría abundante provisión de las que el cielo les enviara. Pero se pasaron los días, la corta cantidad de líquido reserva-

do en el algibe común y en poder de los individuos se agotó al cabo, aunque cuidado con esmero, y comenzaron terribles padecimientos. Los niños las mujeres, los hombres más débiles perdieron la fuerza y el sentido: unos lloraban, los otros sin vigor para manejar las armas, corrían á todas partes como insensatos. En balde se distribuía para mitigar los horrores de la sed, una ración de mezcal, y se recurrió á mascar el jugo de algunas plantas; aquellos licores irritaban más las desecadas fauces y producían nuevos espantosos males. Los más arriesgados bajaban á la barranca á ver si burlaban la vigilancia del enemigo, y de común pagaban su temeridad con la vida; se aprovechaban también las noches oscuras, pero sentidos por la larga fila de los centinelas realistas, apenas podían llenar una pequeña vasija, que sólo servía en el Fuerte de avivar el deseo de cuantos no podían alcanzar algunas gotas. La lluvia era el único recurso, el remedio ansiosamente esperado. Las nubes se presentaban en el horizonte, subían, engruesaban, ocultaban el sol y formaban sobre Comanja un negro dosel; llenos los corazones de esperanza y ansiedad, sin hacer caso del incesante fuego del contrario, los habitantes del Fuerte, sin apartar los ojos, seguían obstinadamente el movimiento de los vapores; preparaban cuantos utensilios tenían propios para recoger agua; sacaban las imágenes de los santos y les dirigían fervientes é incesantes oraciones; el chubasco iba á caer; vana esperanza; las nubes, impelidas por el viento dejaban caer avara y desdeñosamente algunas gotas en el recinto de la fortaleza, y se desataban á torrentes á pocos pasos, en el campamento español, en las vecinas llanuras de León. Las mujeres recogían tristemente sus vasijas, se dejaba sin rezo á los santos y volvían á los labios las imprecaciones de la desesperación."

El día 3 fué llamado desde el campo realista el vencedor de Peotillos á grandes voces por el oficial Don Pedro Pazos, quien lo invitó á pasar á sus banderas, recordándole que era español. Hallándose los interlo-

cuñores á considerable distancia el uno del otro, hablaron públicamente á gritos, contestando el insurgente que él no combatía á España, sino al tirano Fernando, defendiendo la libertad.

En la madrugada del 5 Liñán dió un terrible asalto sin conseguir llegar siquiera á los parapetos, pues tuvo que retroceder dejando muchísimos muertos, y entre ellos el Comandante del Batallón de Zaragoza, Don Gabriel Rivas. "Mina se condujo con su acostumbrada bizarría, dice Alamán, peleando á cuerpo descubierto con una lanza en la mano y recibió una pequeña herida."

VI.

Durante cuatro días enteros no probaron el agua los habitantes del Sombrero, hasta que por fortuna llovió el 6, con lo cual se mitigó su mayor pena.

El día 8 hizo una salida el héroe español, quitándole á Negrete un reducto que á su vez tuvo también que abandonar por falta de apoyo oportuno, y como el padre Torres no había enviado ningún socorro, Mina se resolvió á salir en esa misma noche, para ir él personalmente á traer refuerzos, y así lo hizo en unión de Ortiz y Borja, con una partida de caballería.

Alejáronse otra vez las nubes y volvió la sed á atormentar á los patriotas, que se vieron también reducidos á pequeñísimas raciones de alimentos, porque todo faltaba ya en el Fuerte. En vano su antiguo jefe quiso tres veces introducir un convoy, pues una fué derrotado por Rafols en los Sauces, á cuatro leguas de Silao y dos ya en las inmediaciones de Sombrero.

Liñán, que conocía la apremiante situación de los sitiados, dió el día 15 un memorable asalto en el cual tuvo que reconocer que por la fuerza no sería nunca dueño de aquellas encumbradas posiciones: 35 oficiales y más de 400 soldados muertos fueron las pérdidas de los asaltantes, mientras los defensores contaron poquísimos muertos, si bien en cambio registraron entre ellos al Coronel Young, á quien una de las últimas balas del cañón le llevó la cabeza,